

## Al compás de un discurso historiográfico

Beatriz Lucía Cano Sánchez\*

Claudio de Jesús Vadillo López, *La historiografía política mexicana al diván del análisis: 1970-2000. Crítica del enfoque revisionista*, México, Ediciones Navarra, 2016, 303 pp.

**E**n el libro objeto de la presente reseña, Claudio de Jesús Vadillo busca realizar un balance de la historiografía política mexicana escrita entre los años de 1970 y 2000. Su intención es indagar en las condicionantes sociales, institucionales y teóricas que la hicieron posible. La elección del periodo, a decir del autor, fue consecuencia de dos factores: primero, es el lapso en el cual se empieza a configu-

rar una historiografía nacional y, segundo, por ser el momento de las transformaciones del modelo político y cultural predominante desde 1934, en el cual preveía una visión de carácter nacionalista. Vadillo Sánchez considera que la producción historiográfica del siglo XX se puede dividir en cuatro fases: la primera, de 1930 a 1947, estuvo determinada por su carácter nacionalista emanado del proceso y construcción del Estado posrevolucionario; la segunda, de 1947 a 1968, definida por el clímax y el desgaste de aquella cultura que imperaba; en ambos periodos se observa la profesionalización de la producción de los historiadores, quienes se formaban en la Academia y laboraban en instituciones financiadas por el Estado; en la tercera etapa, de 1968 a 1985, aparece la crítica cultural nacionalista y se extiende la idea de pluricultu-

ralidad como referente intelectual y, por último, en la cuarta, de 1985 a 2000, se observa la preponderancia de los elementos pluriculturales (revitalización de la presencia política y cultural de las comunidades indígenas y grupos sociales dominados) en un contexto de transición a la democracia. Para entender el fenómeno historiográfico, según el autor, debe tenerse en cuenta un par de aspectos: la producción de información por el historiador y la asignación de sentido social en su momento histórico.

Desde esta perspectiva debe analizarse la circunstancia histórica, social y cultural del observador que proporciona los datos, con la finalidad de comprender por qué le otorgó cierto sentido a los hechos que recopiló en sus fuentes. Así, su análisis se sitúa en tres planos: la relación de las instituciones con el contexto cultural; las

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

preguntas de los historiadores de acuerdo al alcance temporal de sus hipótesis; y los enfoques teóricos que integra el marco conceptual, la interpretación historiográfica, la historia de la recepción de las teorías y las trayectorias de los autores. En las primeras páginas, la obra de Claudio Vadillo analiza las condiciones sociales y culturales que produjeron los escritos. La mayor parte de los textos analizados se editaron entre 1981 y 1990. La información muestra que la historiografía contemporánea se formuló en centros de investigación especializados en ciencias sociales y no en los que se dedican a la temática histórica propiamente dicha. La escritura de la historia se vio favorecida por la convergencia de elementos como el aumento del grado de escolaridad, el ingreso de mujeres al trabajo formal, la presencia de editoriales y revistas que hicieron posible la difusión de la producción en ciencias sociales e historiografía, la incorporación de corrientes intelectuales extranjeras y un escenario político en el que no predominaba una perspectiva cultural oficialista. La pluralidad en los enfoques muestra que existe una creciente democratización cultural, misma que fue producto del movimiento estudiantil de 1968.

En otro apartado, Vadillo López señala que en el siglo XX se fundaron instituciones especializadas dedicadas a la enseñanza, investigación y publicación de obras históricas, tales como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) (1938), El Colegio de México (1940), el Instituto Francés de América Lati-

na (IFAL) (1944), el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIH-UNAM) (1945) y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INHERM) (1953), mismas que no sólo fungieron como un espacio social que mediaba las relaciones políticas del historiador con los círculos de poder y las fuerzas sociales, sino también como generadores de normas de conocimiento, prácticas de investigación y un tipo específico de producción. Los acontecimientos de 1968 marcaron un parteaguas en la historiografía, pues algunas instituciones rompieron con los estudios tradicionales que los aislaban de la actualidad política y asumieron los acontecimientos contemporáneos como objeto de estudio, mientras que otras se circunscribieron al análisis de aquellos sucesos que tenían una distancia temporal de, por lo menos, 50 años. Ejemplo de ello es El Colegio de México, que recibió apoyo del gobierno de Luis Echeverría para elaborar una “historia de la Revolución Mexicana”, la que se inscribió en una interpretación pragmático positivista y que privilegió los trabajos realizados antes de 1960. Sin embargo, en la década de 1980 se observó un cambio en su producción historiográfica derivado de la incorporación de nuevos enfoques temáticos y disciplinares.

En el caso del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS-UNAM), se buscaba conocer el desarrollo del país con énfasis en sus desequilibrios y puntos de fricción. La mayor parte de sus trabajos se realizaron desde el campo de la

sociología, pero se trató de incorporar la perspectiva histórica en la construcción y comprensión del objeto de estudio. Lo contrario sucedió con el Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de dicha universidad, mismo que se limitó a la indagación de los fenómenos de la segunda mitad del siglo XIX y la Revolución Mexicana. La Dirección de Estudios Históricos del INAH incorporó, en la década de 1970, los cánones multidisciplinarios de la escuela francesa de los Annales. Uno de sus principales frutos fue la obra *México en el siglo XIX*, coordinado por Ciro Cardoso, cuyo enfoque marxista lo diferenciaría de la historiografía tradicional pragmática y esencialista producida por otros organismos. Nuevos aportes a la renovación historiográfica fueron los simposios “Historia de las mentalidades” (1983) e “Historia contemporánea de México” (1985). Aunque en sus inicios el INEHRM tenía el objetivo de rescatar testimonios, documentos históricos, material gráfico y sonoro de la Revolución, al paso de los años también se dedicó a la investigación, la docencia y la difusión. El Instituto Mora se creó con la intención de divulgar los procesos sociohistóricos de México, América Latina, el Caribe y Estados Unidos. La divulgación del conocimiento histórico tiene un espacio privilegiado en revistas como *Historia y Sociedad* (1965), *Cuadernos Políticos* (1974), *Cuicuilco* (1980), *Historias* (1982), *Secuencia* (1985), *Historia y Gráfica* (1993). El autor concluye que en el IIS y en el INAH se gestaron las nuevas miradas historiográficas y de investigación de temas re-

cientes, en tanto que en el IHH y en El Colegio de México se continuó con las tradiciones vinculadas al oficialismo.

En un tercer apartado se analizan las fuentes, las preguntas y las hipótesis empleadas en diversas investigaciones, a efecto de entender cuál era el objetivo que se perseguía. La pregunta de investigación guía al historiador en la búsqueda de las fuentes necesarias para su trabajo. La posibilidad de tener acceso a esos cimientos es resultado de las siguientes circunstancias: 1) la reorganización de los archivos nacionales y estatales, 2) el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 3) el desarrollo de sistemas informáticos y 4) la creación de plazas de investigación. El trabajo de investigación histórica ha mejorado gracias a la infraestructura archivística, informática y financiera. Vadillo López considera que existe historiografía de corta, mediana y larga duración. La primera plantea preguntas que buscan exponer causas y efectos de comportamientos particulares, de sujetos, sucesos, rasgos, ideas e instituciones en periodos cortos de tiempo. Su objetivo es enunciar y demostrar, a partir de los hechos narrados, una operación distante del análisis conceptual, por lo que su informe está centrado en la narración puntual de acontecimientos. La dinámica histórica se explica por los rasgos morales y personales de los actores, los análisis políticos de coyunturas cortas y la reflexión sobre las correlaciones de fuerzas de los actores políticos. La historiografía de mediana duración se ocupa de amplios procesos

en cuyo trasfondo se encuentran los ciclos económicos, políticos y sociales. Y, por último, la de larga duración se caracteriza por constituir una ruptura de las tradicionales periodizaciones políticas y económicas que hegemonizaron la producción historiográfica del siglo XIX. Para cumplir con su objetivo, quienes emplean esta forma de historiar utilizan, en su análisis, conceptos provenientes de las ciencias sociales.

Por último, Vadillo López plantea que el historiador utiliza estrategias argumentativas para explicar los sucesos históricos. Asimismo, identifica cuatro tipos de argumentación: 1) el pragmático-positivista que tiene dos vertientes: a) el que busca la veracidad histórica con el apego a los datos de las fuentes, y b) el que construye sistemas de ordenamiento de la información que se denominan positivistas y neopositivistas, al que se adscribe la mayor parte de la obra historiográfica producida entre 1970 y 2000; cabe señalar que a esta última se advierten dos orientaciones: i) la de los historiadores que construyen su narración en una secuencia cronológica lineal; y ii) la visión propiamente positivista que se sustenta en la idea de que los hechos sociales conducen a leyes empíricas, y que el modelo más eficaz para llegar a la explicación es el de las ciencias naturales —la incorporación de conceptos de economía, sociología y ciencias políticas hicieron que la mirada pragmático-positivista se tornara neopositivista—; 2) el marxista, que por medio de la “totalidad concreta” busca dar sentido a los eventos históricos; al

respecto, el pasado sirve como un medio para analizar la dinámica de la sociedad, misma que es resultado de la lucha de clases articulada en los diversos modos de producción; 3) el historicista, que se caracteriza por entender la historia como una mutación entre entidades; por esto centra su interés en comprender las condiciones históricas de la invención de la nación como una esencia definida por la Revolución Mexicana; 4) la escuela francesa de los Annales, que realizó una aproximación de la historia con la economía, la política, la sociedad, las mentalidades y la historia cultural.

La citada corriente asume el significado del discurso historiográfico en el marco de las ciencias sociales y de la multidisciplinariedad. Vadillo López advierte que, de los cuatro enfoques referidos, el pragmático-positivista es el que se consideraba como “natural” al discurso historiográfico. Si bien es cierto que la mirada historiográfica revisionista no cuestiona la concepción esencialista de la historiografía política del siglo XIX, no se puede pasar por alto que ha asumido el uso del instrumental de las ciencias sociales para analizar las características de sus modelos de explicación, tipos de argumentación, conceptos y filosofías. Para finalizar, el autor menciona que la multiplicidad de los enfoques historiográficos actuales ha sido resultado de los acontecimientos políticos y culturales de la década de 1960, mismos que influyeron en el ejercicio profesional de los historiadores y de las instituciones en que laboraban. Aunque el análisis de Vadillo López podría resultar cuestionable,

sobre todo en la parte referente a la selección de las obras historiográficas o en la tipología argumentativa, considero que logra poner

en evidencia que las investigaciones históricas se encuentran determinadas por las circunstancias del momento, aspecto que con frecuen-

cia no se reconoce en aras de tratar de mostrar que la objetividad es la que guía nuestras acciones como científicos sociales.

## Garduño un fotógrafo: retratista, paisajista, revolucionario y estelar, seducido por el arte del desnudo

Rebeca Monroy Nasr\*

Laura Castañeda García y Daniel Escorza Rodríguez, *Antonio Garduño. Fotografía y periodismo en los inicios del siglo XX*, México, UAM-X, 2017, 151 pp.

**D**os grandes estudiosos de la fotografía del siglo XIX mexicano han dedicado largas horas de investigación a recuperar a uno de los más talentosos, pero también controvertidos fotógrafos de entre siglos. Un rescate más que sustancial para la fotohistoria, pues las plumas de Laura Castañeda, fotógrafa e investigadora que labora en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, junto con las labores

minuciosas de Daniel Escorza, investigador y fotohistoriador de larga y fecunda carrera, se reúnen para dar paso a un texto profundo, matizado y muy necesario de esta historia en la transición de un siglo y otro, que se plantea develar una de las figuras más emblemáticas de la fotografía mexicana.

Es Antonio Garduño Gutiérrez, conocido en la Academia de San Carlos como Antonio G. Garduño —quien usó la letra del apellido materno entre nombres a la usanza estadounidense—, justo merecedor de un estudio profundo de su obra, su devenir académico, su labor como fotógrafo y sus aportaciones en el ámbito del “arte fotográfico”, como solía llamarse, en su condición de uno de los más destacados artistas de la lente.

Es así que vemos un desarrollo temático suave, paulatino y

muy al estilo de sus autores porque debo comentar que, aunque conozco un poco más a Daniel Escorza que a Laura Castañeda, me parece que justamente tienen ese temple, esa suavidad en el trato de los materiales, su compenetración y un estilo muy particular de trabajo, que los lleva a ser prolijos en su análisis y al escudriñar al fotógrafo.

El libro aparenta iniciar con un desarrollo biográfico que en lo personal me encanta para comprender al personaje en cuestión, estableciendo la fecha de su nacimiento un 5 de abril de 1882 y su lugar de origen en Guadalajara, Jalisco. Garduño Gutiérrez con su familia y por razones aún desconocidas se trasladaron a la Ciudad de México: su padre Severo Garduño y su madre Benita Gutiérrez. Ambos procrearon siete

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.